

el 27. 4º Francisco Solano, nacido en España en 1549, hermano menor de la Observancia, predicador y misionero. Señalóse particularmente por su celo infatigable y por su caridad por los apestados. Después de haber ejercido largo tiempo su ministerio en América, murió en Lima el 14 de julio de 1610. 5º Peregrino Latiozi, del orden de los Servitas de la bienaventurada virgen María. Practicaba grandes austeridades, y trabajaba con ardor en la conversion de los pecadores. Murió en Forli su patria el 1º de mayo de 1345. 6º Juan de la Cruz, nacido en 1542 en Castilla la Vieja de una familia noble, unido con santa Teresa, á quien ayudó en la fundacion de su orden, y autor él mismo de una reforma de los Carmelitas. Murió en España después de una carrera llena de trabajos y de buenas obras el 14 de diciembre de 1591. 7º Luis Gonzaga, nacido en 1568 de la familia de los príncipes de este nombre, joven de una eminente piedad, que renunció al mundo por entrar en la compañía de Jesus, y murió en Roma el 21 de junio de 1591. 8º Estanislao Kostka, nació en Polonia en 1600, y murió en Roma en el noviciado de los jesuitas el 15 de agosto de 1618, después de la vida mas fervorosa. Estos dos últimos fueron canonizados el 31 de diciembre. La bula de canonizacion de S. Luis Gonzaga tiene la fecha del 4 de los idus de diciembre: pero este sin duda es un error del bulario, pues que se dice que esta canonizacion se hizo el dia de S. Silvestre, y al mismo tiempo que

la de S. Estanislao de Kostka, cuya fecha es del 31 de diciembre.

1727.

— El dia 22 de agosto, censura de una asamblea de obispos en París, contra la obra de le Courrayer. Pedro Francisco le Courrayer, era canónigo regular de santa Genoveva, y bibliotecario de la casa de este nombre en París. Pertenecia al partido de los apelantes y habia tomado parte en todos los actos de este partido. Habiéndole empleado en la lectura de la memoria del abate Renaudot, *sobre la validez de las ordenaciones anglicanas*, insertada en la *Verdadera creencia de la Iglesia católica*, del abate Gould, examinó esta cuestion y se volvió ardiente partidario de la validez de estas ordenaciones. Supo que el arzobispo de Cantorbery, Wake, habia tenido correspondencia con Dupin, é imaginó escribir al prelado, á fin de conseguir de este algunas aclaraciones que estaba deseando. La primera carta de Wake data del 16 de setiembre de 1721, y desde entonces se estableció entre los dos una correspondencia. En 1721, le Courrayer publicó el fruto de sus investigaciones, bajo el título de *Disertaciones sobre la validez de las ordenaciones anglicanas*. Esta obra, impresa en Nancy, aunque en su portada se decia en Bruselas,

le acarreó muchos enemigos, entre los cuales descollaron el abate Gervasio, los padres Harduino y Le Quien y Fennel. El padre Le Courrayer les supone á todos, en su *Relacion apologetica*, motivos injustos, ó ridículos; siendo esta la táctica de que se vale para con todos los que se le han opuesto. Únicamente él se abrasaba en amor por la verdad; únicamente se conducía él en toda disputa con franqueza y lealtad. Los demas eran ó débiles y cobardes, ó injustos y apasionados. Poco se le daba, segun decia él mismo, que le aprobase, ó dejase de aprobar el obispado; mas en cambio estrechaba cada dia mas sus relaciones con los ingleses. Escribió una carta muy reconocida al que tradujo su obra en este idioma. En 1726 publicó la *Defensa de su Disertacion*, en cuatro volúmenes, que tambien fueron traducidos al inglés. Sostenia en esta defensa las mismas opiniones y añadía aun nuevas ideas, tratando á sus antagonistas con mucha altivez y desprecio. Creyóse ver en ella á la par una fuerte tendencia á aproximarse á las opiniones de la Iglesia anglicana. Esplicábase el autor muy libremente sobre el sacrificio de la misa, el cual consideraba, á lo que parece, como meramente representativo, ó conmemorativo. No estaba mas exacto por lo que toca al sacerdocio, á la forma de los sacramentos, á su caracter, á las ceremonias de la Iglesia, á la Iglesia misma, ni, en fin, á la jurisdiccion y autoridad del soberano pontífice. Alababa, sobre estos diferentes puntos, la doctrina de

los anglicanos, y aun se verá en lo sucesivo que no decia todo lo que pensaba. Mas, hartó habia en su obra para provocar la atencion y celo del clero. El señor de Belzunce, obispo de Marsella, fué el primero en condenar sus escritos. Informado el rey del ruido que estaban estos haciendo, encargó á los obispos que se hallaban á la sazón en París, su examen. Reuniéronse estos prelados, en número de veinte, en casa del cardenal de Bissy, obispo de Meaux, y entresacaron de la *Disertacion* y su *Defensa* treinta y siete proposiciones, que versaban sobre las cuestiones indicadas poco hace. Despues de haber reconvenido á le Courrayer por la altivez y acrimonia de sus espresiones; despues de haber manifestado en el concilio de Trento, la condena de su sistema; daban por erróneas las treinta y siete proposiciones, con calificaciones diferentes, y con especialidad la de heregia. Consecuente á este fallo, resolvió el rey en su consejo, que dichas obras fuesen hechas pedazos y suprimidas, so pena de 300 libras de multa. A lo que parece, el cardenal de Noailles hubiese podido ser el primero en atajar el mal; y con todo, muchos años habia que estaba suportando que el padre le Courrayer se presentase al altar para celebrar en él los misterios, acerca de los cuales pensaba de otro modo que la Iglesia. Este prelado no pareció salir de su letargo, sino cuando advirtió las asambleas de los obispos. El 18 de agosto publicó una orden contra los dos escritos en cuestion. Y todavía se observó que no

pareció esta orden hasta el 5 de setiembre, y no pocos pensaron que se adelantó su fecha para prevenir la censura de los obispos. También publicó el cardenal, relativamente á este asunto, una Instrucción pastoral. Muchos obispos se levantaron contra las dos obras de le Courrayer. El concilio de Embrun las condenó á la par, como lo diremos luego, y Benedicto XIII lanzó contra ellos su breve del 25 de junio del siguiente año. Por eso no se conmovió nada la constancia, ó mejor la audacia de le Courrayer. Nada perdonaron para someterle, tanto el cardenal de Noailles, que le contemplaba mucho, como el partido de los apelantes, el cual temia que su contumacia dañase al cabo á la causa comun. Ofreciéronle varios modelos de retractacion; mas él los desechó todos. Con todo, obtúvose al fin, un acto por medio del cual se declaraba disgustado del escándalo que habian ocasionado sus escritos, y se sometia á la decision del cardenal; sostenia, empero, que sus intenciones habian sido puras. En otra carta se limitaba á ciertas generalidades que distaban mucho de anunciar el arrepentimiento. Resentido sobre todo de que el cardenal le representase en su Instrucción como sinceramente sometido, resolvió salir de Francia y trasladarse al pais de aquellos, cuyos intereses habia sostenido con tanto ahinco. Hábiale otorgado la universidad de Oxford, en 28 de agosto de 1727, un diploma de doctor, y él, que segun parece hacia mas caso de una corporacion protestante, que

de los obispos católicos, les respondió á 1 de diciembre, con una carta llena de protestas de su reconocimiento. Insistia el arzobispo Wake, en que se le fuese á reunir. El doctor Atterbury, antiguo obispo de Rochester, retirado desde algunos años en París, le animaba en su resistencia y le encarecia, á la par, que se trasladase á Inglaterra. Le Courrayer salió de París el 12 de enero de 1728, dejando una carta para el cardenal de Noailles, donde protestaba contra todo lo que se le habia hecho decir en la Instrucción. También escribió desde Calés, á su general, insistiendo siempre en la pureza de sus sentimientos y su fe. Esfuerzase en su relacion en justificar su fuga, mas las razones que da no prueban sino su orgullo, su altivez, su desprecio de los obispos, y su inclinacion á una religion estrangera. El abate de santa Genoveva lo excomunió, lo cual sin duda no asustó mucho al culpable. Habia aprendido que *el temor de una excomunion injusta no debe impedirnos el cumplimiento de nuestro deber*. El acogimiento que le hicieron los ingleses era por otra parte capaz de consolar á un hombre, en cuyo corazon ya estaba la fe apagada. El arzobispo de Cantorbery, el obispo Sherlock y otros prelados anglicanos, le colmaron de cumplidos y regalos. Mirábanle como una conquista y hacian de él un trofeo. La corte de Inglaterra le concedió una pension. A los ojos de le Courrayer todo esto era una lata indemnizacion del mal éxito de sus escritos en Francia.

Hanse dividido los apelantes con respecto al concepto de le Courrayer. Los unos han visto en él á un hombre que ha naufragado en la fe, otros han hablado de él como de un escritor muy católico¹. Le Courrayer pretendia serlo, asociando, con una afectacion estraña, los títulos de canónigo de santa Genoveva y de doctor de Oxford. Fuése á ofrecer sus servicios al arzobispo Barchman, el cual se los rehusó. Tambien se esforzó en inspirar sus opiniones á los católicos ingleses; mas estos hijos fieles de la Iglesia, tanto mas firmes en su fe, cuanto mas estaban palpando, en la multitud de sectas que les rodeaban, el peligro en que se está, alejándose del centro de unidad, rechazaron las insinuaciones del doctor, sin que se dejasen seducir mas, algunos años despues, por los esfuerzos que se hicieron para atraerlos al partido. De Etemare y le Gros se fueron á Inglaterra en 1729, para propagar en ella los principios que habian fructificado tanto en la Holanda; pero no hallaron allí sino pastores y fieles, avanzando con mansedumbre por la senda de la sumision. Volviendo á le Courrayer, publicó en 1729 una *Relacion histórica y apologética de sus opiniones y conducta, con documentos justificativos*. Es una esposicion minuciosa de todo lo relativo á sus asuntos, donde bosqueja á sus adversarios sin escepcion de una manera afrentosa.

¹ El abate Gouget se le declara favorable en el *Diccionario* de Moreri. Véase el artículo *le Quien*, donde se acusa á este en su disputa con le Courrayer.

Todavía se ensangrienta mas contra los jesuitas, los cuales, dice, *prendian fuego en todos los cuatro ángulos de la Francia para hacer pasar como regla de fe lo mas contrario á las reglas de la equidad y de la moral y al espíritu del Evangelio*. De lo que se deduce que le Courrayer se hallaba en Inglaterra igualmente animado del mismo espíritu de oposicion contra la bula. Quéjase de que se haya procedido contra él como contra el P. Quesnel, pretende que en su obra ha supuesto siempre el dogma de la presencia real; y manifiesta, en fin, en toda su relacion el amor propio del autor mas irascible. En 1733 se partió para Oxford, asistió á un acto público de la universidad y pronunció en él un discurso. En 1736 publicó una traduccion de la *Historia del concilio de Trento de Fra Paolo*, con notas perfectamente de acuerdo con el genio del autor veneciano. Semejábanse probablemente estos dos hombres bajo mas de un aspecto. Fra-Paolo, calvinista bajo el hábito de monjes, segun la espresion de Bossuet, censor eterno de todas las operaciones del concilio de Trento, y ardiente enemigo de los Papas, era digno de servir de modelo á un genoveviano apelante, desertor de su regla, y hasta de la fe, y rebosante de desprecio hácia los principales pastores. Dícenos la *Biografía británica* que le Courrayer asistia en Londres á la misa; pero que cuando se hallaba en el campo, no ponia ningun reparo en asistir al oficio, conforme el rito anglicano, y que estaba diciendo sin em-

pacho que le agradaban los ritos y ceremonias de esta Iglesia. Presentábase de vez en cuando con traje de lego, y hasta una espada al lado, siendo preciso que se mostrase igualmente celoso de su traje que de lo demas. Murió en Londres, muy adelantado en edad, y fué sepultado en los claustros de Westminster, como lo habia deseado. Hizole las ceremonias un capellan anglicano. En su testamento, fecha 3 de febrero de 1774, dice le Courrayer que él muere *miembro de la Iglesia católica, pero sin aprobar muchas opiniones y supersticiones que se han introducido en la Iglesia romana, enseñadas en las escuelas y seminarios, y representadas como artículos de fe, aunque le parezcan no solamente destituidas de pruebas, sino tambien enteramente inverosímiles.* Todavía se espresa mas categoricamente en un escrito titulado *Declaracion de mis últimos sentimientos sobre los diferentes dogmas de la religion.* Habíalo compuesto en 1767, y lo remitió, segun se dice, á manos de la princesa Amelia de Inglaterra, la cual le dispensaba mucha benevolencia. Esta depuso el escrito en manos del doctor Bell, su capellan y amigo de le Courrayer. Hizole imprimir Bell en 1787, y ha sido insertado por entero en la *Biografía británica* de Aikin, tomo IV, pág. 311 y sig. En este escrito, le Courrayer, despues de haber dicho que hay un Dios, y que es único, añade que *de todas las maneras de esponer el dogma de la Trinidad, no conoce ninguna mas contraria á la verdadera doctrina del*

cristianismo que la que supone en la divinidad la existencia de tres naturalezas, ó sustancias distintas ó colaterales ó subordinadas. Esto es, segun su modo de pensar, restablecer el politeismo. La unidad de Dios es el fundamento del Evangelio, y todo lo que puede dañar esta verdad es peligroso.... Yo creo, pues, dice le Courrayer, que no hay mas que un Dios, que su espíritu no es una sustancia distinta de él, y que Jesucristo, con quien estaba intimamente unida la divinidad, era su hijo en virtud de esta union. En esto está toda la Trinidad, que yo hallo en el Evangelio, y no puedo concebir que cualquiera otra se armonice con la unidad de Dios.... Nada hay mas contrario á la unidad de Dios que la Trinidad de la encarnacion. Es de advertir que ni Jesucristo ni los Apóstoles han representado jamas estos misterios, envolviendo cosas incomprensibles... Dios ha inspirado su sabiduría á Jesucristo, le ha revestido de su poder, le ha comunicado su autoridad, le ha dado su espíritu, lo ha unido intimamente con él, de suerte que Jesucristo se presenta con la forma de Dios, es hecho señor y cristo, príncipe y salvador, y toda la plenitud de la divinidad reside corporalmente en él. Y no es tanto la persona, como la doctrina de Jesucristo lo que forma el objeto del Evangelio. Levántase aquí le Courrayer contra los que han añadido cosas al Evangelio, y que han inventado nuevos misterios. Reconviene al concilio de Trento por haber pretendido distinguir los libros canónicos de los que no lo son. Este concilio no

tenia suficientes luces para hacer semejante diferencia, y no es necesario creer los libros santos inspirados para dar fe á lo que ellos encierran. Los profetas, á lo mas, son los que pueden haber sido inspirados; mas los historiadores refieren sencillamente lo que han visto ú oído. La Iglesia no es infalible; el bautismo de los niños no es necesario; esta costumbre ha dado margen á la idea del pecado original que repugna á la sana razon. Creer que el bautismo puede santificarnos sin estar animado de disposiciones precedentes es ser judío bajo el nombre de cristiano. Tambien combate le Courrayer la presencia real. De consiguiente sus enemigos no hicieron mal en afirmar que él no creia en este dogma, y, á la verdad, es chocante que en su relacion proteste con respecto á este punto de la pureza de su fe. No se declara mas favorable á la trasustanciacion, á la confesion y al uso de la lengua latina en las plegarias. Es decir que en el tal escrito le Courrayer profesa francamente el socinianismo. A esto viene por último á parar. De apelante que era se hizo anglicano, y de anglicano sociniano; ó, mejor diremos, tal vez que de apelante se pasó directa ó inmediatamente al socinianismo. Tal es el triste y evidente resultado del espíritu que habia bebido en la escuela de donde salió. La defeccion de le Courrayer patentiza la necesidad de atenerse á la autoridad, y de reprimir el empeño temerario del examen, y la indocilidad de conducta que ha caracterizado siempre á los innovadores.

— El 20 de setiembre, sentencia del concilio de Embrun contra M. Soanen, obispo de Senez. Se han visto las justas quejas que la conducta de este prelado habia hecho nacer. M. Tencin, arzobispo de Embrun, y metropolitano suyo, pidió al rey la permission de tener su concilio provincial: fuéle acordada, y le convocó para el 16 de agosto de este año. Luego que se esparció la nueva todo el partido se puso en movimiento: Boursier, que era su alma, formó al instante en favor del prelado amenazado una memoria que veinte abogados de París tuvieron la complacencia de firmar, como si este asunto pudiese tocarles. Deliberóse si M. Soanen debia ir al concilio: los unos querian que se abstuviese de ello; pero los otros juzgaron que esto seria dar un aire poco favorable á su causa, y él mismo fué de parecer de asistir. La abertura del concilio se hizo en el dia indicado: componíase del arzobispo de Embrun, de los obispos de Senez, de Vence, de Glandeve y de Grasa (no habiendo podido asistir el de Digne á causa de su enfermedad de que murió poco despues), del diputado de este prelado, del abate Boscodon, y de treinta y tres presbíteros tanto seculares como regulares. El 17 se tuvo la primera sesion; el 18 hicieron todos los obispos en una congregacion general, á escepcion de M. de Senez, el juramento ordinario de no revelar cosa alguna que fuese perjudicial á los miembros del concilio. El mismo dia el abate de Hugues, vicario general y canónigo de Embrun, de-